

Los santos de Asís**Gonzalo Rodas Sarmiento**

(treceava parte)

37.- Clara y el devenir de las Hermanas Menores

El esposo de Beatriz se enfermó de gravedad, y los médicos no pudieron hacer nada por él. Fueron días tristes, en que mi hermana pequeña venía a San Damián muy seguido, y entre todas la consolábamos. Al final, se quedó acá y ya puedo decir que mi hermana menor es Hermana Menor. También entró mi tía Blanca, que la acompañaba en sus visitas. Esto ocurrió tres años después de la muerte de Francisco.

Las cosas cambiaron mucho en ese tiempo. Se notó la ausencia del fundador. Entre los Hermanos empezaron a surgir conflictos. Unos, muy fieles a la pobreza, otros no tanto, algunos excesivamente apegados a la tradición del clero, otros con muchas ganas de hacer caminar a la Iglesia por mejor senda. Yo preguntaba a Dios "Señor, ¿qué hago?", y también interrogaba a Felipe, nuestro visitador, y lo enviaba de vuelta con las sugerencias que el Señor me susurraba, para que ellos resolvieran sus problemas. Siempre me agradecían mucho. Tuve que ser fuerte y plantarme muy firme, así los Hermanos limaban sus asperezas.

Entre medio de las dificultades, todo se amenizaba con las anécdotas de Junípero. Él contaba que cuando estaba en el eremitorio de Monte Casale, había una banda de ladrones por ahí cerca. La gran discusión de los Hermanos era si darles limosna o no. Francisco, que aún vivía, les dijo "Hemos sido enviados para los enfermos, no para los sanos. Id donde los hermanos bandidos y llevadles pan y vino. Leedles la palabra del Señor y haced que prometan no hacer daño a nadie". Al poco tiempo, esos bandidos dejaron de cometer delitos. Incluso, uno de ellos ingresó a la fraternidad.

En otra oportunidad, Junípero dio limosna a un mendigo, y como lo vio con mucho frío, quiso darle su hábito. Así lo hizo, a pesar de que le tenían prohibido volver a hacer eso. Cuando regresó al convento, se disculpó diciendo:

-Me asaltaron.

Así es este Junípero. Regala lo que encuentra, a tal punto que los Hermanos tienen que andar escondiendo las cosas.

No menos entretenido resultó el hermano Egidio, el gigante tierno, como le decimos nosotras. Una vez vino a presenciar una disertación dada por Alejandro de Hales, prestigioso profesor de la Universidad de París. Yo estoy siempre consiguiendo estas conferencias de Teología, porque me gusta aprender un poco, y que las Hermanas también las reciban. Incluso vienen algunos Hermanos, así fue como ese día estaba Egidio, muy atento, hasta que de repente se levantó de su silla.

-Dejadme que ahora hable yo -le dijo Egidio al filósofo- y se puso a dar una prédica simple, que tenía bastante relación con lo último que había escuchado.

Después permitió que la docta clase continuara. Me acordé de Francisco, que una vez dijo "Deseo que mis Hermanos teólogos sean tan humildes que interrumpan su discurso si algún Hermano simple quiere decir su palabra".

No todas las cosas que pasan ni las noticias que llegan son divertidas. Una vez ocurrió algo que me pareció atroz, y casi me morí del disgusto. Se trata de una bula llamada "Quo elongati", promulgada por el Papa Gregorio, que no sé por qué se ha puesto tan incomprensivo con nosotras, si antes no era así. En ese documento, no sólo toma partido por aquellos Hermanos que reniegan del testamento de Francisco, sino que además nos asestó un duro golpe a las Menores. Obliga a los Hermanos a solicitar el consentimiento del Papa en cada oportunidad que deban visitarnos.

Me indigné, pues nos estaba quitando un bienpreciado. No me iba a quedar así, sin más. Llena de vigor, me dirigí a la cabaña que tienen los Hermanos a poca distancia de aquí, donde siempre se turnan dos de ellos para pedir la limosna dedicada a nosotras. Son los que nos proveen el pan de cada día. Les dije que podían marcharse de ahí, pues ya no los íbamos a necesitar más.

-¿Cómo? -me dijo uno de ellos-. ¿Qué váis a comer?

-Nada. Si nos quitan el pan espiritual, que nos quiten también el pan material.

Y después, instruí a las Hermanas para no recibir el pan.

Pasamos hambre durante un par de semanas, pero Elías logró que el Papa cambiara la disposición. A partir de ese momento, los Hermanos ya no necesitan el consentimiento del Papa, ahora basta el de su Superior.

Volvimos a aceptar el alimento que generosamente los Hermanos pedían para nosotras. Yo había quedado al borde de mi voluntad porque teníamos Hermanas enfermas.

Una noche, Sor Andrea estaba en la enfermería, sintiéndose tan mal que no podía hablar. Desde hacía meses sufría de la garganta, y se llevaba sus manos al cuello, con gran dolor. Le pedí a Felipa que le diera un huevito caliente, pasado por agua, y que me la trajera. Así lo hizo.

-¿Cómo te empezó esto? -le pregunté a Andrea, en cuanto llegó a la habitación.

-Primero se enfermó mi alma -ella logró responder, cuando comenzaba a volver a la vida. Todo había comenzado con una vergonzosa tentación.

Después de esa noche, Andrea volvió a sonreír. Se le fue quitando toda su angustia.

Llegamos a ser tantas Hermanas en San Damián, que tuvimos que apretarnos para caber en el dormitorio y también en el comedor. Ni aún así hemos podido ser más de 24, simplemente no caben más. Es la forma como Dios nos dice que algunas de nosotras tienen que ir a otros conventos, a enseñar, a ayudar a las que recién ingresan en diferentes localidades.

La vitalidad de Pacífica causó admiración a las Hermanas de Vallegloria, en Spello. Benedetta fue también a Vallegloria, y cuando volvió me ayudó a escribir la Regla, pues además de ser culta tiene linda letra. Ella estuvo

presente cuando León trajo el Breviario de Francisco, porque aquí lo cuidaríamos mejor.

A las Hermanas nuevas de Asís, yo misma las formo en lo esencial de nuestra forma de vida. Mi prima Amada, que es hermana de Balbina; Francisca, hija del capitán; Inesita, que la criamos nosotras.

-¿Cómo lo haces para permanecer en oración si te da sueño? -me preguntan.

-La alabanza... -les digo-, a distintas horas del día.

-¿Acaso Dios necesita que lo alaben?

-No, pero eres tú la que necesitas alabarlo para sentirlo.

Trato de enseñarles la contemplación, como una búsqueda del significado de la propia vida. También compartimos las distintas maneras como sentimos la Eucaristía.

-Siento cómo Cristo se encarna en mí -señaló una niña muy joven, y me dejó impresionada. Me hizo recordar al hermano Lucas Belludi, que nos ha sido de gran ayuda en Padua. Nos prodiga tal atención, que no he necesitado enviar a ninguna Hermana. Allá se las pueden arreglar.

Lucas mantiene un hospicio muy cerca de nuestro convento de Arcella, con elementos de curación y primeros auxilios. Muchas personas pobres van a ese lugar cuando están enfermas. Fue precisamente a ese hospicio que Lucas llevó a Antonio cuando éste se sintió muy mal, después que había empeorado su salud, estando en el eremitorio de Camposanpiero. Esa misma tarde murió Antonio, asistido por Lucas.

Para las Damas Pobres de Praga necesité el apoyo de los Hermanos. En invierno del 1234 conseguí con Elías que enviara a cinco Hermanos para que se establecieran allá. Estuvo muy contento de concedérmelo, pues de esta manera también la fraternidad masculina se va extendiendo a otros países. Y todo esto, gracias a la princesa Inés, la que pudo ser emperatriz, pero prefirió renunciar a toda la riqueza para dedicarse a atender a los enfermos pobres. Vendió sus joyas para construir un hospital. Hubo una ceremonia con gran afluencia de gente el día de Pentecostés, que Inés eligió para su investidura como Hermana Menor. La acompañaban otras seis damas nobles, dando el mismo paso.

Desde niña pequeña, Inés vivía comprometida a casarse, cuando fuere mayor, con algún importante joven de la nobleza. Ella se encargaba de desbaratar esos proyectos de sus padres, y con el firme propósito de mantenerse virgen. Asistió cierta vez a una prédica de Hermanos Menores que andaban en gira por varios países. Inés se les acercó al final y les preguntó:

-¿Cómo poder llevar una vida como vosotros, siendo que soy mujer?

Fue entonces que los Hermanos le hablaron de mí, y de cómo renuncié al siglo para ser una Hermana Menor. La vida cambió para ella en ese mismo minuto, y así empezó nuestro contacto epistolar, a través de estos Hermanos, que empezaron a servir como correo.

La animo a seguir siendo siempre linda por dentro, y le ruego que siga siempre los sabios consejos del hermano Elías, y se resista a otras influencias de venerables personas, respecto a las propiedades.

Hace poco murió Felipa Mareri, una gran mujer, que fue incomprendida al comienzo, antes de que su comunidad fuera aceptada por la jerarquía, como perteneciente a nuestro movimiento de Hermanas Menores.

Otro acontecimiento de gran importancia ocurrió hace pocos años. La situación se puso muy difícil, debido a la férrea oposición de la jerarquía a una vida de pobreza. Estábamos acostumbradas a recibir nuestro alimento desde lo poco que recibían los Hermanos en sus salidas diarias. Cuando esta ayuda empezó a menguar, aumentamos nuestros ayunos. Pude tomarlo como una penitencia, pero cuando la ayuda disminuyó demasiado, tuve que disponer que Hermanas de San Damián salieran a pedir limosna, en grupos de a dos. Creí que eso iba a ser sólo por un tiempo, y que luego volveríamos a la reclusión de la regla benedictina. Sin embargo, la necesidad ha continuado, y no hemos podido retornar al esquema tradicional. Las Hermanas que salen a pedir han necesitado hacer trabajos menores, especialmente en hospitales, para obtener el pan de cada día.

Me habría gustado salir yo misma, pero mi salud no me lo permite. A veces me siento enferma, y me cuesta subir la escala, como si cargara un pesado fardo. Y me viene fiebre, trayéndome un extraño temblor. Siempre siento a Dios consolándome con ternura.

A las Hermanas que realizan servicios fuera del convento les pido que vuelvan lo más temprano posible, pero no sin antes haber alabado al Señor por la hermosura de la naturaleza.

Mi madre murió más pronto de lo que yo suponía que iba a suceder. Elías despidió sus restos en el oratorio, y a mí se me salían muchas lágrimas, recordando mi infancia.

Por ese mismo tiempo, las beguinas de Santo Ángel de Panzo se incorporaron a nuestro movimiento, transformándose en Hermanas Menores.

* * *

En Septiembre de 1240 ocurrió lo de los mercenarios. El ejército del emperador había sido reforzado con una gran cantidad de soldados mercenarios, provenientes del extranjero. Eran de distintos países, tanto de Europa como del norte de África. Gente sin escrúpulos, dispuesta a matar y destruir, sólo para tener qué comer. En aquellas semanas tampoco tenían ni el mínimo sustento, a tal punto que se desbocaron. Un grupo de estos soldados andaba por los alrededores de San Damián, buscando donde meterse a saquear, absolutamente fuera de control.

Por eso, algunas Hermanas estaban con mucho miedo, porque los mercenarios merodeaban por acá cerca y en cualquier momento podían atacarnos. No era mucho lo que podían llevarse, si acá no tenemos ninguna riqueza, pero estos tipos son capaces de cualquier cosa, raptar, violar, son para ellos asuntos del diario vivir.

Cierto día en la mañana, sentí bulla, portazos y gritos de hombres, cuando las Hermanas permanecían aún en el comedor. Yo estaba en mi cama porque no me sentía nada de bien.

-Han entrado los sarracenos... -me dijo Bienvenida, quien venía corriendo-, escalaron los muros.

-Sé que Jesús nos protegerá -la tranquilicé, a la vez que lo llamaba en mi interior, "¿Dónde estás, Jesús?"

-Francisca, Iluminada, ayúdeme -grité, dispuesta a salir a encontrarlos.

Bajé al oratorio y tomé en mis manos la cajita de marfil con adornos de plata, conteniendo las hostias consagradas. Ahí estaba presente el Cristo que

nos salva. Llegamos al comedor. Yo, con una energía insospechada, que no sé de dónde me venía. Sin duda, la presencia de Jesús iba a hacer que esos hombres descubrieran lo positivo que hasta ellos mismos tienen, por más malos que sean. Podrán tenerlo escondido, dormido, encerrado, herido, aplastado o agonizante.

Los mercenarios estaban en el patio, tratando de entrar. Teníamos todas las puertas bloqueadas, pero ellos tienen mucha fuerza, y algunas bisagras empezaban a ceder.

-Señor, cuida a tus siervas -supliqué a Jesús presente, y su dulcísima voz me respondió en silencio:

-Yo os cuidaré.

-Estad tranquilas -dije a las Hermanas-. Jesús está con nosotros, así que no tenemos nada que temer.

Ellas quedaron tan convencidas de esa presencia salvadora, que los rabiosos hombres que lograron entrar al comedor quedaron paralogizados. No se esperaban eso. Así y todo, uno de ellos me hizo una insinuación indecente. Le hablé, tratando de llevarlo a lo positivo que, con seguridad, habría de tener. El tipo se puso más amable, recordando su infancia junto a su madre.

Empezó a retirarse, y los otros también se alejaron, sin hacer ningún daño. El que parecía jefe sonrió antes de irse. Pude observar que no todos los soldados mercenarios del emperador eran árabes, contrariamente a lo que había escuchado antes.

Volví la cajita a su lugar, en el oratorio. Y yo, a mi cama. Todas se vinieron a la habitación. Le pedí a las Hermanas que guardaran el secreto por un tiempo, porque así sería la mejor manera de asegurar que los mercenarios no volvieran. Y que agradeciéramos al Señor que nos ha proporcionado este bello ejemplo vivo para reforzarnos lo que ya deberíamos haber aprendido. Él es muy bueno, viene una y otra vez a enseñarnos. Así fue como me levanté de nuevo y nos fuimos a alabar al Señor en nuestro oratorio, casi el día completo.

38.- Bienvenida en el convento

Algunos meses después que los mercenarios se metieron en San Damián y se retiraron sin hacernos daño, se pusieron a asediar la ciudad de Asís. La cercaron por todos lados, con nefastas intenciones. Cuando Clara se enteró, nos mandó llamar y organizó una gran oración por Asís, ciudad de la que recibimos siempre mucho bien. Nos explicó en que consistiría nuestra manera de vivir los próximos días. A manera de ejemplo, se sacó el velo, dejando ver su cabello muy corto. Tomó un poco de ceniza y se la echó en la cabeza, de la misma forma que veíamos hacer a Francisco.

-Con esta ceniza, me reconozco pecadora -exclamó, y nos pidió que todas hiciéramos lo mismo.

-Permaneceremos en el oratorio -agregó-, pidiendo perdón a Dios, y suplicándole la liberación de Asís y de toda su gente.

Eso, hicimos, todo el resto del día, gran parte de la noche, y también al día siguiente, hasta cerca del atardecer, cuando fuimos informadas que la tormenta que habíamos estado sintiendo en las últimas horas había hecho estragos en el campamento de los soldados. Éstos tuvieron que huir, todo lo rápido que pudieron. Así fue como se salvó Asís. La gente quedó agradecida, y le otorgó mucha admiración a Clara.

En especial, los Hermanos Menores le tienen gran estimación a nuestra abadesa porque reconocen en ella a la persona que lucha por enderezarlos. Para qué decir, en San Damián, cómo la queremos. Ella es la que me consuela cuando estoy triste. Siempre la hemos elegido gustosas, y por unanimidad, como nuestra superiora. Hasta la gata del convento, que es muy inteligente, le hace caso en todo.

A propósito de esas elecciones, las hacemos porque la misma Clara pide efectuarlas, pues tiene la esperanza de ser relevada algún día y poder vivir obedeciendo. Cuando hay votación viene un Hermano garante, nombrado por el provincial. Elegimos también a las Discretas, que son las Hermanas encargadas del discernimiento comunitario. Ellas son las que aconsejan.

Una vez fui elegida como Discreta. Yo no tenía idea de cómo discernir para el grupo, pero fui aprendiendo. Fue también una experiencia muy provechosa para mi propia vida. A veces, no tenía muy claro cómo actuar, y tenía que basarme sólo en la oración, y de ahí, confiar en la buena escucha.

Cierta vez, en semana santa, Clara estuvo tan absorbida por la oración, que ni siquiera fue al comedor durante todo el día viernes, y tampoco fue a dormir esa noche. Yo estaba alarmada, sin saber qué hacer. El sábado, Clara siguió en el oratorio, y ya estábamos todas muy preocupadas. Llegó la noche, y tampoco vino a dormir. Yo no podía conciliar el sueño. Supe que era a mí a quien correspondía hacer algo. Cuando estaba próximo el amanecer del domingo le preparé un té y, alumbrándome con una vela, se lo llevé, junto con un pan.

-Clara -le dije, unas tres veces, hasta que reaccionó-, tómate esto que te hará bien.

Clara estaba como si viniera despertando, aunque no estaba dormida.

-¿Ya llegó la noche? -preguntó Clara, muy extrañada.

Entonces le dije que había estado así dos días completos y que ya era el día de la resurrección. Se puso muy contenta. Traté de que me contara un poco de ese mundo en que había estado tan absorbida. Me respondió algo así como el entorno de la pasión de Jesús. Y me habló de la contemplación, que yo no entiendo tanto como ella. Me mencionó el conocimiento intuitivo, y de cómo puede una ver lo esencial.

Es que Clara es única. Recuerdo una vez, cuando yo venía llegando de vuelta del hospital, con mis pies llenos de barro, Clara se ofreció para lavármelos, con mucha humildad. Al terminar, ella bajó su cabeza para besarme el empeine. El instinto me hizo mover de ahí mi pie y le pegué a Clara en un ojo. Me sentí tan mal que me deshice en palabras de disculpa. Me cuesta mucho aceptar expresiones cariñosas.

Eso ocurrió pocos meses después del accidente que se produjo cierta vez, cuando Clara estaba inspeccionando un portón en mal estado, y se le cayó encima. Angeluccia trató de rescatarla de ahí, pero sola no podía. Nos llamó a gritos, y acudimos todas. Clara, aplastada por esa mole de pesados fierros, no parecía estar incómoda. Logramos levantar la puerta entre varias, durante cerca de un minuto, y las otras sacaron a Clara hacia un lado para ponerla a salvo. Después de descansar un instante se sentó y se puso a conversar como si nada hubiera pasado. Hasta se paró y dio unos pasos cojeando. Nos dejó convencidas de que estaba bien, pero yo creo que muy adolorida. Los Hermanos de la limosna, que nos proveen de alimento, también

acudieron pronto y levantaron la puerta que, aún estaba en el suelo. También la afirmaron bien, y repararon las bisagras al día siguiente.

Uno de ellos era Junípero, que desde hacía pocas semanas estaba de vuelta en Asís, después de haber estado a punto de morir en Viterbo, a manos de Nicolás, poderoso y cruel señor. Todo porque una vez se le ocurrió salir solo del convento y se dirigió a una ciudadela dominada por Nicolás. Inmediatamente fue apresado por los vigilantes, más que nada por el aspecto pobrísimo de Junípero. Lo registraron y le quitaron sus herramientas de trabajo como zapatero, un punzón y una lezna que a estos hombres brutos les parecieron armas. Después de torturarlo lo condenaron a morir. Se enteró toda la gente, y también el Hermano guardián de Viterbo, quien acudió con rapidez y pudo evitar esta ejecución, y volver con Junípero al convento. Por el camino le llamaba la atención, por ser tan ingenuo e imprudente.

Este Junípero es un caso especial. Es el que se columpia en la plaza con los niños. Nos contó que una vez estuvo varios meses sin hablar, por penitencia, cada día con la ayuda de un santo distinto. En otra ocasión, dio de limosna unas campanillas de plata que adornaban el altar. Después tuvo que justificarse, diciendo que eran un adorno innecesario, símbolo de la vanidad. Lo retó delante de todos el Hermano superior, Juan Parenti, con tanto énfasis que quedó ronco. Esa noche, Junípero llegó a la celda del hermano Juan, llevándole una escudilla con un preparado de harina y manteca, muy bueno para la ronquera. El superior lo rechazó, pero tuvo que recapacitar. Aceptó con la condición de que se comieran eso entre los dos.

Creo que son los más pequeñitos los que tienen la palabra de Dios para los demás. Es así como Él nos guía.

* * *

Cuando se cumplieron 35 años de nuestra llegada a San Damián, dejamos de lado por ese día el ayuno que nos tocaba. Es que celebramos en grande. El hermano Felipe hizo un recuerdo de nuestro inicio, que nos parecía haber sido ayer.

Me sumergí en mis evocaciones. Con Clara, nos conocimos en Perugia, cuando niñas. Soy casi pariente; en la práctica, lo soy. Sus tíos me recogieron de la calle, los pormenores los supe después, cuando estaba más grande. Vengo de la pobreza. Me encontró la mamá de Felipa un día, por pura suerte, dicen que yo lloraba en un canasto. Las autoridades no quisieron hacerse cargo, y por eso fui admitida en la casa de esa señora. Me bautizaron como Bienvenida, para así acogerme con la mejor disposición. De niña, fui como una sirvienta, pero también como amiga casi hermana de las niñas. Un día llegaron los Offreduccio de Asís, que estaban siendo perseguidos por los rebeldes. Tengo la misma edad que Clara. Nos hicimos muy amigas. Fueron meses inolvidables, de gran felicidad, a pesar de lo complicado de su situación. Pasó el tiempo, y en cuanto me contaron que Clara se había ido de su casa para juntarse con los Menores supe con certeza que yo también me iría para allá. Lo hablé con mucha franqueza en la familia, con lágrimas de gratitud, porque me regresaron a la vida cuando yo estaba botada sin poder defenderme. Agradecí todo lo que me dieron, y que me hayan enseñado a leer y escribir, aunque nunca he podido retratar las palabras tal como son. Partí hacia Asís sin equipaje; sólo con lo puesto, y fui muy bien recibida en Santo Ángel. Mi

presencia sirvió para que la balanza se inclinara hacia la bendita osadía de venirnos a San Damián.

He sido feliz. Clara es extraordinaria. Un día se lo dije, arrodillada, aunque ella me hizo levantarme del suelo. Me he dedicado a ser como si fuera servidumbre, porque es lo que estaba acostumbrada. Clara dispuso que las labores de servir se turnaran entre todas; así se hizo. La mayor parte del tiempo era como estar de vacaciones. Un día llegó Felipa. Fue un gran encuentro. Nuestra vida acá parece monótona e inútil ante los ojos de la gente. Sin embargo, cada día trae una novedad. La oración nos acerca a lo divino. Hacemos muchos trabajos de costura y bordado para los templos y los presbíteros.

Ya quedó muy atrás lo de los sarracenos. Clara no está muy bien de salud. Va y viene de su parcial postración. Ese día estaba bien, o trató de aparentarlo. Siempre alegre y sonriente, cantando. Mi vida no es nada sin ella.

-Dios nos invita a seguir avanzando -dijo Felipe, al terminar.

Pienso que está hablando cada vez mejor este Felipe. En esa oportunidad teníamos alimento de sobra que habíamos conseguido por tratarse de una magna celebración. Sin embargo, nuestra realidad habitual no es esa. A los pocos días tuvimos el reverso de la medalla.

Sólo quedaba un pan, grande pero uno solo. Cecilia, la encargada de la despensa semivacía, dijo que no iba a alcanzar para todas, ni menos para convidarles a unos Hermanos que habían llegado con motivo de una de las charlas de teología que vienen a darnos de vez en cuando. Clara bendijo el pan, rezó un padrenuestro y le pidió a Cecilia que cortara el pan en 26 tajadas, una para cada comensal. Así intentó hacerlo Cecilia, pensando que sería imposible. Sin embargo, a cada corte el pan partido seguía estando listo para otra incisión. Al final, alcanzó para todos.

* * *

Clara es realmente milagrosa. Una vez me curó para siempre de mi afonía, que no se me quitaba con nada. Lo más extraño es que primero soñé que iba a ocurrir esa curación, y días después se me acercó Clara, plena de su oración, y me hizo la señal de la cruz en mi boca y en el cuello. Desde ese día fui sanando de a poco.

Lo milagroso de Clara quedó de manifiesto en la Navidad pasada, año 1252, estando Clara muy enferma. Partimos las demás Hermanas a la celebración eucarística de Nochebuena que se celebró en la Basílica de San Francisco. Habíamos conseguido ese permiso especial, por tratarse de la Navidad. Clara tuvo que quedarse en cama.

La ceremonia estuvo muy linda. Los Hermanos cantaban salmos, y eso era una música que nos transportaba al cielo, sin abandonar el lugar. El hermano León dijo la misa y la prédica, con la sabiduría que lo caracteriza. Una gran celebración, como yo no había visto nunca antes.

Al volver a San Damián, queríamos contarle todo a Clara, pero ella nos ganó la palabra. Fue Clara la que nos relató la ceremonia, los salmos, las palabras de León.

-¿Pero, ¿cómo lo sabes? -le pregunté-, acaso fuiste, así como estás de enferma?

-No. No fui hasta allá por mis pies, pero es como si hubiera estado.

Y nos explicó cómo, estando en oración profunda, escuchó todo lo que estaba pasando en ese templo, a kilómetros de distancia. Hasta vio el pesebre que los Hermanos habían construido. Supongo que en ese espejo del cual Clara siempre nos habla.

Nuestra abadesa es una persona que está muy cerca de Dios. Cuando la veo en oración, me maravilla su resplandor, tan intenso que parece fuego.

39.- Clara en su retorno al Padre

Ahora que estoy próxima a morir, me ha dado por recordar. Tantísimas cosas, unas importantes y otras no. La mayoría de ellas son vivencias que me alegra haberlas tenido. También siento un poco de frustración cuando miro lo que ha estado pasando desde hace unos doce años. Dificultades con el Papa Gregorio, el que fue nuestro querido Ugolino, y no sé cómo adquirió una fuerte tendencia a rechazar nuestro movimiento, me refiero a la parte femenina de éste, las Hermanas Menores. Tardó mucho tiempo en reconocer como Damas Pobres a las seguidoras de Felipa Mareri, después que murió esta mujer tan santa.

Han ido surgiendo muchos conventos de Hermanas Menores, algunas de ellas un poquito rebeldes, y tienen razón porque... ¿cómo vamos a aceptar que pongan el pie encima de lo más sagrado que tenemos? ¿Acaso hay que aceptar todo, todo, todo, todo..., o existen límites? Es cierto que por humildad y obediencia hemos aceptado muchas restricciones que no están en nuestro ideal, pero en lo que es esencial algunas Hermanas han querido ser auténticas. Salen a pedir limosna, lo cual disgusta a la jerarquía. Lo hacen vistiendo nuestro hábito, pero a pie pelado porque son tan pobres que no tienen para comprar zapatos. Ésa es la vida que buscamos. Pues bien, el Papa emitió varias bulas a diferentes regiones del mundo, despreciando a estas mujeres y dando instrucciones de no considerarlas Damas Pobres, como él nos dice. Sin embargo, lo son. Les llaman las Hermanas ambulantes.

En otras comunicaciones se establece que la fundación de monasterios de Hermanas Menores sólo puede hacerse con la autorización del respectivo provincial franciscano. Eso me parece muy bien.

Después que asumió el nuevo Papa Inocencio IV, emitió una nueva Regla para nosotras, en la cual se mantiene la licencia para que los Hermanos Menores entren en nuestros conventos a ejercer la cura de almas y también trabajos manuales. Es así como ellos nos traen la palabra de Dios, y los que son presbíteros nos administran los sacramentos. Sin embargo, esta regla no la he podido aceptar, por varios motivos esenciales, por ejemplo, se permite la existencia de Hermanas sirvientes, y eso va contra nuestra forma de vida. Es por eso que, con la ayuda de Bienvenida redacté una nueva regla y aún espero que el Papa tenga a bien aprobarla, lo que le he pedido con mucha humildad, en reiteradas oportunidades. Esa regla dice que las Hermanas que prestan servicio fuera del monasterio no deben permanecer fuera más tiempo que el necesario.

Hasta nos visitó el Papa Inocencio, en cierta ocasión, aprovechando un viaje que realizó a la Umbria. Por supuesto, le recordé lo del documento que tanto me interesa que se apruebe. Él siempre me dice que soy una santa..., pero la aprobación de la regla se sigue demorando. Preparamos un almuerzo frugal para el Papa y los cardenales que lo acompañaban.

Uno de los recuerdos más notables de esta última época es la visita que me hizo Elías, tan deprimido como estuvo Francisco casi treinta años antes, y también vino a mí esa vez.

Elías fue una persona excelente, a quien siempre admiré. Perfecto no era, pues nadie lo es. Cuando llegó a San Damián esa tarde, sentí que el pobre se estaba muriendo de pena. Me reuní a solas con él, en el patio, para que estuviéramos visibles en todo momento, pero no nos escucharan.

-Me alegra verte -empecé diciendo.

-Yo no estoy nada de alegre, Clara, al contrario, ya no sé qué hacer.

-Cuéntame, ¿qué te pasa?

-Soy un incomprendido. Muchos Hermanos me rechazan.

-Y muchos otros te quieren bien.

-¡Estoy excomulgado! -exclamó Elías después de contarme muchas otras penas, no tan importantes, según me pareció.

-Ya lo sabía, y pienso que fue algo muy injusto.

-Clamo al nuevo Papa Inocencio para que me levante tan horrible castigo... Y no he obtenido ninguna respuesta.

Le prometí seguir orando. A esta altura, los dos llorábamos. Yo trataba de ser fuerte y mantenerme serena para poder ayudarlo.

-Explícame cómo lo sientes -le pedí, y me dispuse a escuchar.

Elías me siguió hablando, del papa Gregorio, del emperador Federico, de su amigo Cesáreo, y de otras personas. Se fue tranquilizando. Le hizo bien contarme todo esto. Después, le hice muchas preguntas para que él mismo fuera encontrando las respuestas que necesitaba. De repente, se iluminó su rostro, y me dijo:

-¡Gracias!

Fue como si yo lo hubiera sacado de su estado de postración. Tal vez algo de lo que le dije resonó en él. Cuando se retiró de San Damián estaba mucho más tranquilo y hasta sonriente. Y con ánimo para seguir luchando por su última causa, que era la de reconciliarse con la jerarquía de la Iglesia.

Un tiempo después, supe que lo consiguió, poco antes de morir. Elías se fue al Padre demasiado pronto. No parecía que iba a ser así. Sentí mucho esta muerte, y se la comuniqué a las Hermanas de otras regiones. Entre ellas, a Inés, abadesa en Praga.

En mi última carta me atreví a enseñar a Inés lo del espejo, que hace visible lo invisible. Es una forma de oración, en que miro a Jesús como si estuviera dentro de un espejo, en imagen visible aunque no corpórea. Es lo que llamo espejo de la eternidad, porque en él puedo ver todas las realidades que me trascienden.

El año pasado nos visitó el cardenal Reinaldo, nuestro protector. Le di a conocer la nueva regla que quiero sea impuesta en nuestra fraternidad. Lo hice a través de una copia que efectuó Bienvenida, con mucho cariño, antes de enviar el original al Papa. El cardenal quedó impresionado y abogará por nosotras.

Ahora que estoy por morir, he escrito mi testamento espiritual. En él digo a las Hermanas, las que están y las que han de venir, que Dios nos ha dado una misión en esta vida. Les hablo un poco de lo que fue mi vida, y de la oración, en especial la del espejo. También las llamo a la gratitud por todos los dones de Dios, y les recuerdo la pobreza que nos enseñó Francisco. Que las

Hermanas crezcan en el amor de Dios y en la mutua caridad. La senda es estrecha, la puerta es angosta, y hay que perseverar siempre.

Estoy tan enferma, que ya no puedo levantarme de la cama. Las Hermanas me cuidan amorosamente. También vienen algunos Hermanos y me leen los evangelios. Ángel trata de consolarme en mis dolores. León besa mi almohada. Junípero me hace reír con sus historias.

Caterina está de vuelta. Aunque ella también está un poco enferma, ha venido para estar conmigo en estos momentos finales.

-Hermanita...

-Hermanita... -nos abrazamos llorando.

Hasta el Papa ha venido a verme. Él está residiendo en Perugia, que no es tan lejos. De todos modos, es un honor que haya venido. Intento besar sus pies, pero no puedo, ni él lo permite tampoco.

-¿Está aprobada la regla? -pregunto, ansiosa.

-Bueno, tú sabes que esto requiere tiempo...

-Ha sido mucho el tiempo y ya se está terminando.

-Te prometo que exigiré a los cardenales que se apuren.

No he podido obtener más que eso, pero confío en Dios. Él no me abandonará. Lamento no haber podido darme a entender en cuanto a la forma de vida que queremos las Menores. No es la forma convencional.

Me duele todo, pero no importa. El Señor me ha dicho que pronto he de irme al otro ámbito, donde estaré muy cerca de Dios. No sé cuántos días me quedan. Trato de dejar todo dispuesto en San Damián. Todo andrà bien. Mis niñas han de continuar. Cada una aportará lo suyo. A Dios le gusta mostrarse con muchas caras distintas. Soy fiel a lo mío, pero acepto que otros rostros sean distintos. Me gustaría dejar nuestra regla como una instancia válida. No quiero llegar sin esa tarea hecha. Pero, si no se pudo lograr, por lo menos hice todo lo que pude, y me gustó hacerlo. Estoy contenta. La gente me quiere mucho. He tenido encuentros con Jesucristo. He disfrutado el camino.

* * *

Después que transcurren dos semanas, el Papa vuelve a San Damián. Viene sonriente. Me entrega un papel, un importante documento. Es León quien me lo lee. Me lleno de alegría. La regla ha sido aprobada. ¡Qué felicidad! Le doy las gracias al Papa, y le pido su bendición.

-Soy yo el pecador. El Señor es contigo -declara el Papa, emocionado y me absuelve de mis pecados.

Sé que me queda muy poca vida. Mi cuerpo ya no me permite comer. Transcurre otro día más. Hoy es San Rufino, patrono de Asís.

Me parece estar viendo a Jesús, quien me muestra un camino de luz. Sé que esa luz es la fuerza creadora de Dios.

-Gracias, Señor, por haberme creado -exclamo en voz alta.

Veo venir diez doncellas vestidas de blanco, ceñidas con una franja dorada, y con coronas de flores sobre sus cabezas. Cada una trae una lámpara encendida. Una de las vírgenes sobresale entre todas, por su gran resplandor. Avanza radiante hacia mí. Mis labios pronuncian unas palabras:

-Ve segura, pues llevas la mejor escolta para tu viaje. El Creador te ama con ternura.

Yo sé que es la Virgen la que me ha hablado usando mi propia voz para ello.

-¿Con quién hablas? -me pregunta la hermana Anastasia.

-Hablo con mi alma -respondo.

La Virgen se inclina hacia mí y me cubre con un manto luminoso. Es entonces que siento como si la cama se estuviera yendo hacia abajo. Puedo observar la escena. Las Hermanas lloran y la Virgen las consuela. Veo que el hermano León cierra los ojos fijos del cuerpo que yace en la cama. Esos ojos que fueron míos, y ya no pueden ver.

Todo se oscurece por unos instantes. Una tímida luz de alba aparece en el horizonte. Me rodea una naturaleza bellísima. Estoy en mi edad juvenil y visto ropas de princesa. A lo lejos, alguien me espera. Voy hacia él. Es un joven, vestido con ropas de príncipe. Es Francisco. Sonriente y sereno, recibe mi mano en la suya, y así iniciamos un nuevo camino, por un sendero de luz.

(fin de la treceava parte.

Continuará)